

héroe; el ideal de los tiempos modernos es el alma, que, sin romper sus ligaduras terrenales, aspira al cielo. Así en la poesía el Oriente nos ha dado el *Ramayana*, el *Mahabarata*, el *Sciamaneh*, las poesías de Antar, el libro de Job, todos pertenecientes á la epopeya; y, como excepción, los Salmos de David, el *Sacotala* indio y algunos dramas chinos. Grecia empezó con Hesiodo y Homero, después produjo á Píndaro y á Anacreonte, á Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes. Los tiempos modernos tienen á su frente á Dante y á Petrarca; pero han hallado su más completa expresión en Shakespeare, Molière, Ariosto, Cervantes, Schiller, Gœthe, Lamartine, Víctor Hugo, Manzoni y Leopardi.

Los sonidos, diversamente combinados, se emplearon también para expresar los varios afectos del alma. En todos los pueblos encontramos instrumentos musicales destinados á dar la señal de las batallas, á excitar el ardor de los combatientes, á animar toda clase de Asambleas religiosas ó civiles. Entre los griegos la música tuvo una importancia especial. Pitágoras inventó la lira tripodiana á semejanza de la trípode de Delfos, compuesta de tres liras arregladas una á la manera dórica, otra á la frigia y la tercera á la lidia, y colocadas juntas sobre una base movable, que el tocador hacía girar con el pie, sustituyendo una lira á la otra sin que nadie lo notara (1). Se atribuye á Pitágoras el descubrimiento de las proporciones musicales y la manera de determinar la gravedad ó elevación de los sonidos por la mayor ó menor rapidez de las vibraciones de las cuerdas, y también la invención de las notas, aunque ésta parece que fué debida á Terprando. La música y la poesía fueron compañeras inseparables. Arquíloco de Paros es considerado como inventor de la poesía lírica, no habiéndose usado antes de él más que el verso heróico exámetro. A él se debe el *recitado acompañado*, que adoptaron los poetas trágicos y ditirámicos. El drama griego se componía de monólogos, de diálogos y de coros: los dos primeros eran de-

(1) Los griegos tenían además el sistema jónico, intermedio entre el dórico y el frigio, como el eólico lo era entre el frigio y el lidio. El lidio era especialmente dulce y voluptuoso, el jónico patético y suave.

clamados y el coro cantado sobre un ritmo mesurado. En tiempo de Esquilo los coristas llegaron á cincuenta; después fueron reducidos á quince por una ley. Las odas se dividían en estrofa, antiestrofa y épodo: la primera se cantaba cuando el coro se dirigía á la derecha, la antiestrofa cuando volvía hacia la izquierda, y el épodo cuando estaba parado. Las odas de Píndaro eran cantadas de la misma manera, y todos los poetas entendían de música, y ellos mismos arreglaban el canto de sus versos. Los griegos no conocieron la armonía en el sentido que hoy se da á esta palabra, pero sabían dirigir las masas vocales é instrumentales.

La música de los romanos era semejante á la de los griegos y Vitrubio dice que la ciencia musical, oscura por sí misma, resultaba enteramente ininteligible para quien no conocía la lengua griega. Horacio llama á la música la amiga del templo, y los primeros cristianos solían cantar salmodias sin ayuda de instrumento alguno, puesto que los órganos no fueron adoptados hasta el siglo VII. San Ambrosio propagó el arte del canto en las iglesias de Occidente; San Gregorio introdujo en él varias reformas; pero el título de creador de la música religiosa corresponde de derecho á Juan Palestrina. Este dió pruebas de tanta majestad en el estilo, de tal variedad en la expresión y tan noble sencillez en la modulación, que no fué igualado sino por Handel y un corto número de maestros. El uso de los *Oratorios* se extendió mucho, especialmente en los Estados católicos de Alemania, en el siglo XVI, pues los protestantes continuaron cantando salmodias y no admitieron en sus iglesias otro instrumento que el órgano. Estas composiciones tienen su origen en los misterios ó moralidades populares, como el drama lírico en los madrigales que se cantaban en las reuniones alegres, adaptando un motivo musical á los versos de Petrarca y de Tasso. La primera aplicación de la declamación cantada de la tragedia griega al drama lírico profano parece que tuvo lugar con el *Orfeo* de Angelo Poliziano, representado en 1475. La *Dafne*, escrita por Octavio Rinuccini y puesta en música por Giacomo Peri, llamó mucho la atención. Carissimi perfeccionó la música religiosa como la profana; y después de él Scarlatti, Porpora, Paesello, Cimarosa

y Pergolesi allanaron el camino á Rossini, verdadero creador de la música moderna. En Alemania predominó la música instrumental, y á Mozart, que tenía mucho de la escuela italiana, vemos suceder Beethoven, Weber, Meyerbeer y, en fin, ese logogrifo llamado Ricardo Wagner.

Hemos dicho cómo la Grecia se desprendió de los símbolos del Oriente para vivir en un justo equilibrio entre el espíritu y la materia. No ha habido atmósfera más favorable para el arte. En lugar de una teocracia y de una jerarquía de castas y aun de la misma monarquía, los griegos tuvieron la ciudad, de la que nacieron otras, hasta trescientas, como Mileto, que estableció colonias en todo el litoral del mar Negro. «¿Cómo se vivía en esta ciudad, se pregunta Taine? Un ciudadano trabajaba muy poco, recibiendo ordinariamente sus provisiones de los súbditos ó tributarios y estaba siempre servido por esclavos, pues aun el más pobre tenía uno, por lo menos, para el servicio doméstico. Atenas contaba cuatro esclavos por cada ciudadano, y otras ciudades, como Egina y Corinto, poseían de cuatrocientos á quinientos mil. Por otra parte, el ciudadano no tenía gran necesidad de ser servido; era sobrio como todas las razas delicadas del Mediodía y vivía con tres aceitunas, un ajo y una cabeza de sardina. Sus vestidos consistían en una media camisa, un manto grueso como el de los pastores y un par de sandalias. Sus casas eran edificios estrechos, mal contruidos, poco sólidos; los ladrones penetraban en ellas horadando los muros. Sin embargo, era suficiente para dormir; un lecho y dos ó tres hermosas ánforas componían todo su mobiliario. El ciudadano, como tenía pocas necesidades, se pasaba la vida al aire libre. No debiendo servir ni á rey ni á sacerdotes, era soberano en la ciudad; elegía sus magistrados ó sus pontífices; podía él también ser elevado á esta dignidad, y aunque fuera herrero juzgaba en los tribunales las más graves causas políticas y deliberaba en las asambleas sobre los más áridos asuntos del Estado..... Él estaba siempre en la plaza pública discutiendo sobre los mejores medios de conservar y engrandecer su ciudad, y sobre las alianzas, los tratados, la constitución, las leyes, oyendo á los oradores y perorando él también, hasta el momento en que sube á su nave para com-

batir. Los jóvenes pasaban la mayor parte del día en los gimnasios ejercitándose en la lucha, en el pugilato, en el salto, en la carrera, en lanzar el disco, fortificando y haciendo flexibles sus músculos. Se quería un cuerpo lo más robusto, lo mejor proporcionado, lo más hermoso que fuera posible, y ninguna educación ha conseguido mejor este fin. De estas costumbres de los griegos nacieron ideas especiales. El personaje ideal á sus ojos fué, no la mente que piensa ó el alma delicadamente sensible, sino el cuerpo desnudo, de buena raza y de bellas formas, bien proporcionado, ágil y diestro. Esta manera de pensar se manifestaba por mil rasgos distintos. En primer término, mientras los carios, los lidios y otros vecinos bárbaros tenían vergüenza de presentarse desnudos, los griegos se despojaban sin dificultad alguna de sus vestidos para luchar y correr. En segundo lugar, en sus grandes fiestas nacionales, los juegos olímpicos, píticos y nemeos, era el desnudo lo que triunfaba. Allí acudían los jóvenes de las primeras familias de todas las comarcas de Grecia y de las más lejanas colonias, que se preparaban mucho tiempo antes por un régimen especial de vida y un trabajo incesante, y allí, ante los ojos y entre los aplausos de la nación entera, despojados de sus vestidos, luchaban, lanzaban el disco y corrían á pie ó en carros. El atleta vencedor en la carrera á pie daba el nombre á la Olimpiada. Los más grandes poetas lo celebraban. El más ilustre lírico de la antigüedad, Píndaro, no ha cantado más que las carreras de carros. Cuando el atleta vencedor, de regreso á su patria era llevado en triunfo, su fuerza y su agilidad constituían el orgullo de su patria» (1).

La escultura es el arte griego por excelencia: la arquitectura y la pintura eran sus accesorios. El templo esperaba al dios que debía habitarlo, y la escultura lo creó bajo la forma más bella de los seres vivos. La pintura, hasta que no adquiere existencia propia, se reduce á una simple coloración de la estatua ó de los materiales de la arquitectura. Las artes de la palabra articulada ó inarticulada se desarrollan paralelamente á las del dibujo; y

(1) *Philosophie de l'Art*, p. 102 y siguientes. París, 1865.

en las grandes fiestas nacionales de Grecia encontramos premiados atletas, escultores, pintores, músicos, poetas é historiadores.

Los Dorios, fundadores de los juegos olímpicos, excluyeron los concursos de música y de poesía que se habían celebrado al principio en la fiesta de Delos y en los juegos píticos. Licurgo, fiel á la severidad del carácter dórico, prohibió las bellas artes, excepto la música, la danza y una severa poesía. Asimismo Pitágoras fundó su Escuela en la meditación y el silencio, sin prohibir la poesía y dejando un ancho campo á la música. Platón exageró las tradiciones dóricas al desterrar á los poetas de su República. En el libro III escribe: «Si alguna vez se encontrase en nuestro Estado un hombre hábil en representar diversos papeles y apto para toda clase de imitaciones y quisiera recitarnos sus poemas, nosotros le rendiríamos homenaje como á un ser sagrado, maravilloso, encantador; pero le diríamos que en nuestro Estado no tenemos hombres como él, y después de derramar perfumes sobre su cabellera y de coronarle con vendas lo despediríamos.» En el libro X explica la razón de este destierro: «Digamos de todos los poetas, comenzando por Homero, que sus ficciones, aunque tengan por objeto la virtud ó cualquiera otra cosa, son imitadoras de fantasmas y no llegan nunca á la realidad. Un pintor retrata á un zapatero sin entender nada del oficio de éste, y el vulgo, no fijándose más que en el color y el dibujo cree ver un verdadero zapatero. Por lo demás, para que no se nos acuse de dureza y acritud con la poesía, diremos que su querella es de larga fecha (y cita varias sentencias). A pesar de esto, si la poesía imitativa (porque admite la lírica) pudiera probarnos con buenas razones que no debe ser excluída de un Estado bien gobernado, la recibiríamos con los brazos abiertos.» Con el mismo rigor excluye la música lidia y la jónica, no admitiendo más que la dórica por su gravedad, y la frigia que era la adoptada en los himnos religiosos.

Las bellas artes en Grecia eran como instituciones nacionales; cada uno se sentía orgulloso de hablar la hermosa lengua griega, que le distinguía de los bárbaros, y de tomar parte en las luchas de la inteligencia. Sin embargo, su desarrollo era

debido exclusivamente á la iniciativa particular, porque el Estado no sostenía museos, ni academias, ni escuelas de bellas artes.

Los romanos, por el contrario, se mostraron en un principio rebeldes á las bellas artes. «El Klefte, dice Michelet, después del combate canta en el monte solitario. El romano vuelto á la ciudad con su botín, discute con el Senado, presta á usura, litiga y disputa; teniendo hábitos de jurisconsulto, interpreta gramaticalmente la ley ó la tortura con la dialéctica en su provecho. Nada más distante de la poesía, la cual no comenzó en Roma con los patricios discípulos de la muda Etruria, que en las fiestas prohibía el canto y no permitía más que la pantomima. Magistrados ó Pontífices, los *padres* debían conservar en su lenguaje aquella solemne concisión de los oráculos que nosotros admiramos en sus inscripciones. En cuanto á los plebeyos, éstos representan en la ciudad el principio de oposición, de lucha, de negación (ó sea de interés) que no tenía nada de poético. Si en Roma hubo cantos populares, pertenecieron á los clientes que asistían á los banquetes de sus patronos, combatían por ellos y celebraban las hazañas comunes de la *gens*» (1). Entre los clientes y los esclavos, después de la segunda guerra púnica, los patricios tomaron algunos griegos para que instruyeran á sus hijos y á ellos mismos. Paulo Emilio, Pontífice austero y augur minucioso, tenía en su familia pedagogos griegos, gramáticos, sofistas, retóricos, escultores, pintores. Escipión el Africano tuvo por cliente y panegirista al célebre Eunio, nacido en la Magna Grecia, que imitó á los griegos con alguna originalidad. El poeta nacional de la Italia antigua fué Nevio de la Campania, que prefirió el verso saturnino al exámetro griego, y escribió sátiras muy populares contra los patricios, que lo persiguieron.

Los Paulo Emilio y los Escipiones eran una excepción, pues cuando Mummio tomó á Corinto, habiéndole ofrecido el rey de Pérgamo cien talentos por un cuadro, contestó: *Debe haber en esta tela alguna cosa mágica*, y la envió á Roma. A los que se

(1) Véase *Histoire de la republique romaine*, cap. IV, pág. 372. Bruselas, 1840.

habían obligado á transportar los cuadros y las estatuas valiosas, dijo: *Tened mucho cuidado, porque si las estropeais seréis sentenciados á rehacerlas.*

La moda introdujo en Roma el lujo de las bellas artes, y hallamos en el Código teodosiano que los emperadores tenían la costumbre de dar habitaciones en los edificios públicos á los pintores y á los escultores, tanto para trabajar como para exponer sus obras.

El Cristianismo cambió radicalmente el concepto de la vida, santificando el dolor, la pobreza, la humildad, la fealdad. La oposición artística entre el paganismo y el Cristianismo está hermosamente expresada en la poesía de Goethe, *La desposada de Corinto*. El Cristianismo ensanchó la base social: la pequeña capilla donde estaba encerrada la estatua del dios griego, el pórtico bajo el cual giraba la procesión de los ciudadanos libres, no eran ya suficientes. Necesitaba la muchedumbre, que se servía también de él para asuntos profanos, un edificio enorme, de bóvedas desmesuradas, de pilastras colosales que varias generaciones de obreros construían creyendo trabajar en la salvación de sus almas. El Renacimiento estableció la unión del Cristianismo con el arte antiguo, lo que produjo maravillosas obras maestras. Después de la Revolución francesa, la base social fué nuevamente ensanchada, el *confort* (desconocido de la antigüedad) hizo prosáicas nuestras costumbres, el escepticismo más difícil la inspiración, y los Gobiernos, con la fundación de museos, escuelas de bellas artes y exposiciones periódicas, protegieron á las artes del dibujo, siendo sostenidas las de la palabra por la industria librera.

## CAPITULO IV

### De la Industria.

Hasta ahora hemos considerado el desarrollo intelectual del hombre sin tener en cuenta las necesidades que le rodean. Él, sin embargo, no puede aplicar su inteligencia al culto, á la ciencia, al arte sin sustentar su cuerpo. La tierra no es fértil si no la riega con el sudor de su frente. Pero el trabajo no fué una maldición, sino una rehabilitación. La tierra no fué verdaderamente maldita más que para Caín, al cual dijo Dios: «Cuando la labrares, no te dará sus frutos.» Sin embargo, Dios le permitió fundar una ciudad, á la que llamó Enoch, donde en la sexta generación nació Tubalcain, el cual *trabajó con el martillo y fué artífice de toda clase de trabajos en hierro y en cobre.*

Dejando las tradiciones semíticas por las arias, vemos que los labradores y los artesanos salieron de las piernas de Brahma, mientras que los sacerdotes salían de su boca y los guerreros de sus brazos. La historia nos muestra, muchos siglos antes de nuestra era, á los Pelasgos repartidos en todo el litoral del Mediterráneo, desde la Etruria al Bósforo, en la Arcadia, la Argólida, el Ática, el Lacio y quizás también en España, donde dejaron multitud de monumentos indestructibles, murallas formadas por enormes rocas sin cemento alguno. «Poco después, esta gran raza desaparece, dice Michelet; sus tribus perecen, se fusionan con las naciones extranjeras ó pierden su nombre propio. No hay ejemplo de una ruina tan completa, y parece que una maldición inexpiable perseguía á este pueblo. Todo lo que nos cuentan de ella sus enemigos es nefasto y sangriento. Las mujeres de Lemnos son las que en una noche degüellan á sus mari-